EL ULTIMO CASTIGO

CUENTOS PARA PADRES Y MAESTROS

DEL MISMO AUTOR:

LAS FIESTAS DE MI ESCUELITA (Teatro Infantil) - 2ª. *Edición.*

FÁBULAS EN ACCIÓN (Teatro Infantil).

PADRINO (y otros Cuentos para Niños y Maestros).

EN PREPARACION:

TEATRO HISTÓRICO INFANTIL.

GERMAN BERDIALES

EL ULTIMO CASTIGO

CUENTOS PARA PADRES Y MAESTROS

EDITORIAL METERETE - BUENOS AIRES
M C M X X I X

J O S E   M A R I A

A Justo P. Saenz (h.),
autor de ***Pasto Puna.***

JOSE MARIA

QUE día el de hoy!...—Suspira José María, dejando caer la boina y la fusta sobre el descompuesto recado que puso en tierra hace unos pocos segundos.

Desde que quiso rayar el alba galopó sin tregua en pos de su padre, el antiguo mayordomo de "Caldén quemao", feliz de que le dejase participar con los hombres en todas las rudas y peligrosas faenas.

Ahora, mientras baña a su potrillo, se sofoca de coraje y de vergüenza, recordando que Fermín, el "mensual" ese que le tiene inquina, casi le hizo pegar una rodada.

Es todavía muy niño — once años son muy poca cosa, aunque uno sea hijo de un gaucho de ley como don Florencio Márquez; — pero, con todo, no es el susto lo que no perdona José María, sino la frase brutal con que el peón lo apostrofó al pecharlo:

—¡Salga del medio, basura!

—¡Más basura que vos, gaucho sotreta!... — barbota al agacharse para dejar otra vez el balde bajo el chorro que, de escaso que es, hace gárgaras en el caño.

Entretiene la larga espera acomodando el recado para guardarlo luego. Así, en cuclillas como está, alcanza a reconocer en la cocina de los peones la corpulenta figura de su odiado enemigo, y, como ve que el paisano se dobla en dos para lanzar a gusto esa alborotada risa suya que tiene algo del grito inarmónico de los pavos, José María, recocido el corazón por los fuegos de la ira, adivina que el guaso aquel está refiriendo a la rueda su cobarde viveza de hace poco. Siente impulsos de correr hacia allí para hundirlo a golpes, como se echa abajo una puerta; pero, consciente del escaso vigor de sus puños, se reduce a rezongar así:

—¡Desgraciado!... Se aprovecha porque sabe muy bien que no soy ningún marica, y que antes me dejo achurar que irle con quejas a mi padre... Pero también ya puede ir juntando sus "pilchas" para el día que yo sea no más que "segundo" de "Caldén quemao"... ¡Deje, gaucho roñoso, gaucho de porquería, deje que pasen unos años más, y entonces va a pagar muy caro todo lo que me está haciendo sufrir!... ¡Bien pensado que lo tengo!... Cuando yo sea hombre grande como él, más que él, porque seré igual que mi padre, caeré un día por la cocina para pelearlo y, mirándole fiero, muy fiero, adentro de los ojos, le diré delante de toda la peonada: "¡Ché, vos, vení para acá! ¡Te voy a hacer ver quién es el hijo de don Florencio Márquez!" Y en cuantitó se me retobe, que se me va a retobar porque es un compadre, del primer talerazo le hago volar el cuchillo hasta el monte...

En el cálido cielo de su imaginación el arma describe una fulgurante parábola, mas, como el agua que rebosó del balde empieza a lamer sus barbuchentas alpargatas, reacciona al contacto de la repentina frescura, se pone en salvo de un brinco, recoge el balde, y con amplio vuelo de brazos arro-

ja con fuerza el líquido, que, chasqueando como una cortina de abalorios, se abate sobre el barroso lomo del potrillo. El manso animalejo vuelve la cabeza hacia su amito, como reconviniéndole por la súbita cuanto violenta rociada, y el chico, al comprender el mudo reproche, estalla en risas y palmea la húmeda anca de la bestia. Con esto el potrillo sálese del patio paso tras paso.

Grandes esfuerzos le cuesta a José María levantar el pesadísimo recado para ponerlo a reparo, y atraviesa el patio transpirando y renegando, porque, sobre que se manea en la cincha y en las riendas que va perdiendo, todavía el "Valiente", este perro "sonso", se le echa encima haciéndole fiestas, toreando y saltando en torno suyo.

—¡Vamos, "Valiente", salí! ¡No seas loco! ¡Salí!...

Puesto el apero en su sitio, José María y el "Valiente" juegan como pudieran jugar dos niños o dos cachorros, corriendo de un extremo a otro de la ancha galería, bajo la cual empiezan a "ganarse" las primeras sombras de la noche.

El "Valiente", que se divierte tanto o más que su amigo, lo persigue, lo alcanza, lo voltea, y, por fin, echando sobre el derribado niño toda su for-

midable estructura, ládrale en la cara con bien fingida furia. Escápase luego a su vez, volviendo la noble cabeza para asegurarse de que José María viene en su seguimiento, y, cuando es atrapado, el dócil animal échase patas arriba, entregándose inerme al capricho de su vencedor...

Se interrumpe el juego porque, desde la habitación que ocupa con José María, don Florencio ha dado una voz capaz de dominar el trueno y el oleaje de los grandes arreos:

—¡M'hijooo!...

Y cuando el niño se le presenta escoltado por el perro:

—¿No piensa bañarse hoy m'hijo? A ver si el patrón va a tener que esperar al peoncito para sentarse a la mesa...

—¿Cuándo ha llegado?

—A media tarde.

—Y, ¿vendrá a quedarse?

—Mañana sigue para "Tres sauces".

—¡Ah!

Sobrios como éste suelen ser sus diálogos, y a José María le halaga verse tratado así, porque de la misma o parecida manera trata a su padre el se-

ñor Rigada, el viejo y rico potentado criollo, propietario de "Caldén quemao". ¡Y bien orgulloso que está don Florencio Márquez de ser el hombre de confianza de su patrón!

El estanciero aprecia mucho también al hijo de su mayordomo, le encanta verlo siempre tan reposado, tan sufrido, tan hombre: "Es de la misma dura madera que su padre..." — dijo alguna vez.

No hay más que ver de qué cordialísima recepción lo hace objeto cuando el niño se presenta en el comedor para saludarlo.

—¡Hola! ¡Ya tenemos aquí a José María! ¡Pase, mi amigo! ¡Acérquese! — Le aprieta la mano con la suya nudosa como una rama y se interesa por todos los detalles que constituyen el mundo del niño: — ¿Qué me cuenta del potrillo?... ¿Siempre mañero?... ¿Y esa carabina?... ¿Qué se le ha descompuesto?... ¡No me diga! Pero, ¡caramba!, y ¿aquí don Florencio no se la arregla? ¿No?... Vaya, amigo, tráigamela ya mismo, que algo hemos de hacerle...

El niño sale escapado en busca del arma, y el señor Rigada dice a su mayordomo:

—Oiga, Márquez: ¿sabe que se ha inaugurado en el pueblo el colegio ese de curas?

—¡Ajá! — musita el mayordomo complacientemente, aunque sin mostrar interés.

—¿No era que pensaba internarlo a José María?

—¿In...ter...nar...lo?

Las sílabas caen forzadas por las comisuras de sus labios.

—Creía que habíamos hablado algo de eso... — — replica el estanciero, que se ha desconcertado.

Y después de una pausa durante la cual don Florencio arma despaciosa, cachazudamente, uno de esos gruesos cigarrillos tan de su gusto, el patrón insiste aún:

—Pues sí, tenía entendido que usted deseaba darle cierta preparación...

—¡Cómo no!... Pero es que...

—¡Ah, ya! Usted teme que el chico, acostumbrado como está a la estancia, a la libertad casi absoluta, sufra en el encierro del colegio, pero lo que es por eso, no se aflija, mi amigo... Hasta los que tienen madre se habitúan pronto al régimen de los internados...

No hallando qué objetar, don Florencio arroja el cigarrillo, que no ha encendido siquiera, y termina:

—¡En fin! Estas cosas hay que pensarlas...

II

El mayordomo de "Caldén quemao" alista su coche para ir a visitar a su hijo, que ya lleva tres meses internado en el nuevo colegio del pueblo. El "Valiente", echado metros más allá, el charolado hocico entre las manos, sigue con atentos ojos las idas y venidas de su amo y de Fermín, quien ha inflado las gomas y ahora está llenando el tanque.

Don Florencio echa las herramientas en el revuelto cajón, acomoda el revólver en el cinto, se abriga el cuello con su rica chalina, y, asentando el pie en el estribo, tuerce un poco la cabeza para observar al "Valiente", compañero obligado de todas sus excursiones. El animal, que se ha erguido, está a la expectativa; un ligero temblor le recorre

los miembros, una gasa de nieblas le empaña los ojos y algo como un ruego se expresa en la actitud ligeramente cómica de su cabeza inclinada.

—¡Sujetálo, querés!

—¡Cómo!... ¿No lo lleva? — se asombra Fermín.

—¿Y si le diese este alegrón a su José María? Pero no... No sea cosa que les parezca mal a los curas... — Hecha esta reflexión, dice con energía exagerada: — ¡Tenélo, te digo!

El hombre y el perro forcejean unos segundos entre la polvareda que levantó el automóvil lanzado a toda velocidad. Cuando al cabo logra zafarse de las manos de Fermín, el "Valiente" parte en persecución del coche, o, mejor dicho, de aquel remolino ceniciento que va dando tumbos por la huella.

El fiel animal va ganando a rebotes la distancia, y no han transcurrido tres minutos cuando cae como una piedra dentro del automóvil que acorta la marcha para encarar un pantano.

De pie en el asiento trasero, el perro tiembla como azogado; redóblale el corazón en el tambor del pecho, del trapo de la lengua escúrrensele brillantes gotas y en blancos reojos manifiesta el temor

de que el amo desapruebe su conducta. Pero, don Florencio, que lleva el volante con una sola mano, lo palmea fuertemente con la mano libre.

....

Al mediar la tarde llegan ante la puerta del colegio, hasta la cual viene el padre director a recibir a don Florencio, que, según su vieja costumbre, deja el coche al cuidado del "Valiente".

El escuálido sacerdote conduce al visitante hasta la sala de espera.

Un crucifijo de talla, una mesa que naufraga en aquella amplitud y cuarenta sillas adosadas a las paredes, constituyen toda la decoración. Este es el severo lugar en donde el mayordomo de "Caldén quemao" va a entrevistarse con su hijo después de tres meses de separación.

Un olorcillo, un tufillo como a incienso, a cera y a humedad, trasciende de los negros y brillantes muebles, cuyas patas tienen ridículas contorsiones de danza.

De los patios llegan apagados rumores que acentúan el enervante aplacamiento de este ambiente.

Don Florencio, que no sabe qué hacerse en este desmesurado calabozo al que dan luz, escasa luz, dos ventanucos de rejas, próximos al techo, piensa que este aposento parece hecho para velar difuntos.

—José María es un buen chico, estudioso, capaz, disciplinado... — ha dicho el padre director antes de salir en busca del niño.

—¿Cómo lo hallaré? — se dice el conmovido mayordomo, que para dominar a estos revoltosos nervios del diablo se dispone a liar un cigarrillo; pero desiste porque tan silenciosamente como salió el sacerdote hace poco, aparece ahora en la puerta José María.

Este segundo es infinito.

Inmóviles uno frente al otro, míranse emocionados.

El padre tiende poco a poco los brazos y el niño se lanza en ellos impetuosamente, como se arroja el nadador en el seno de las ondas. En silencio siempre y sin desceñir del todo los brazos, siéntase don Florencio, encerrando a su hijo en el estrecho "brete" de sus piernas.

Y aunque de las barnizadas maderas despréndense adormecedores vahos de sacristía, el niño

que se aferra con ambas manos a los robustos brazos de su padre, cierra los párpados, entregándose, abandonándose a muy dulces y poderosas añoranzas, porque la chalina de vicuña en que ha hundido el rostro, esa rica chalina de vicuña que tremola a la espalda de don Florencio cuando va al galope de su flete, está impregnada de la emanación bravía de los campos. Entre la suavidad y la calidez de esta lana percibe José María todo el encanto, todo el múltiple encanto de ese mundo del cual fué arrancado tan brutalmente hace tres meses. ¡Oh la sutil vibración del gigantesco, formidable cordaje de los alambrados! ¡Oh el frufrú de los palpitantes alfalfares! ¡Oh el silencio imponente de los montes! Y sueña que sus manos acarician las crines de los potrillos, la suave pelusilla de los terneros, la menuda testa de los chivitos... Y se ve a sí mismo arreando una majada amarilla como la mancha de un médano...

—¿Está contento, m'hijo?

—¡Ah, tata!...

Y sonríe con una luz de lágrimas en los ojos intensamente negros como los de su padre. ¿Si está contento? ¡Cómo no ha de estarlo si tiene a su ta-

ta consigo!... ¡Cómo no ha de estarlo si acaba de darse una zambullida en su chalina, que es casi tanto como un paseo a la estancia! — dícese el niño.

—¿Lo tratan bien? — vuelve el padre a la carga — ¿Y las comidas? ¿Qué tal las comidas? ¿Cómo van los estudios? ¿Difíciles, eh?

Y así, durante un buen cuarto de hora, menudea las preguntas que José María satisface reposadamente.

—¿Cierto? ¿Lo pasa bien? ¿O estaba mejor en la estancia?

El pequeño se limita a sonreir con su aguada sonrisa de hombrecito, y aunque la turbadora pregunta le ha llegado al alma, no palidece más su rostro, tan morocho que parece ahumado.

—Decía bien el patrón. — piensa el mayordomo — No parece que haya sufrido mucho el chinito este... ¡Y pensar que yo hice retirar su catre, porque de verlo vacío se me iba el sueño!... En fin, más vale así...

—¿Son muchos los pupilos? — averigua.

El niño no le escucha.

Abriéndose paso, aparta las rodillas de su padre, y, ceñudo, avanza hacia la puerta que alguien,

irresoluto, acaba de mover. Pero no llega hasta ella porque la sorpresa que experimenta lo entorpece y lo atonta.

Con los ojos arrasados por la emoción ha visto entrar al "Valiente", a su "Valiente", que, con la cola entre las piernas, casi rasando el suelo, haciéndose chiquito, no se anima a acercársele sino cuando lo habla enternecido de estupor y de alborozo.

—¡Oh, "Valiente"! ¡"Valiente"! ¡Chiquito! ¡Querido!

Y abraza y besa y zarandea a la mansa bestia, que se deja hacer, correspondiendo como puede a aquel turbión de desordenadas y efusivas caricias.

Arrodillado en el suelo, sin apartar el rostro resplandeciente, aunque lloroso, del cálido cuerpo del perro, reprocha a don Florencio con una voz donde no hay sitio para el enojo, tan llena está de gratitud:

—¡Y no me había dicho nada! ¡Cómo es, eh!...

El padre director que ha acudido al oír los gritos del niño, contempla la escena con tiernos y llameantes ojos, y dice algo al oído de don Florencio que mueve afirmativamente la cabeza.

—Oye, José María — dícele después el religioso— ¿por qué no le pides a tu padre que deje al "Valiente" en el colegio?

Muy serio y mirando tan pronto al perro, que echado a sus pies se los azota con la espesa cola, como a su padre, levanta los ojos hacia éste para preguntarle:

—¿Me lo deja?

—¡Cómo no, m'hijo!

Indeciso aún, juega con la gruesa mano que don Florencio le ha abandonado y considera al "Valiente" con una larga y cariñosa mirada.

—Vaya buscando con qué atarlo, entonces... — insinúa el mayordomo, que, una vez hallada la cuerda, una retorcida y fuerte cuerda, anúdala con su maestría de insuperable trenzador a la argolla de hierro que tiene el sólido collar del "Valiente".

El perro, que cree que aquellos son los preparativos de algún nuevo y divertido juego, se deja llevar por José María hasta el último patio, en donde, cerca de la cocina, ata el niño el otro extremo de la cuerda.

Recién ahora advierte el "Valiente" la tremenda

realidad, y, como son inútiles cuantos esfuerzos hace para librarse, gime como una criatura castigada.

. . . .

Muchas horas después, entre las sombras de la noche, el "Valiente" llora todavía su amargo infortunio.

Pero hay alguien en el colegio que llora con él, alguien que no puede dormir: tanto lo martirizan sus crueles pensamientos.

Es que los lastimeros aullidos del "Valiente" atraviesan patios y paredes para desgarrar, para destrozar el corazón traidor de José María.

—Por qué, ¿no es acaso una traición sin nombre la que ha cometido al consentir que el "Valiente" quedase en el colegio?

No, no tiene disculpa su felonía. Y ahora, ¿para qué se aflige? ¿No lo ató él mismo, vanagloriándose de la firmeza de sus nudos? ¡Y tan contento que se fué su padre!... ¡Oh, el bueno de don Florencio es un hombre viejo, pero no sabe, ¡qué ha de saber! lo que se sufre en un internado cuando uno ha nacido y se ha criado en la estancia!...

El manso, continuo lloriqueo del "Valiente", la-

cera el alma del niño, quien se admira de que sus compañeros y el celador duerman hoy con la misma tranquilidad de todas las noches.

Un reloj deja caer de pronto las once gotas rítmicas de sus campanadas.

—Tata ya estará en lo mejor del sueño — se dice el niño — Sí, ya estará dormido porque desde su cama de la fonda no pueden oírse los llantos de su perro, que, si no, ¡ah, lo sabe bien! tampoco él dormiría... ¡Pobre "Valiente"! ¡Pobre "Valiente" que jamás conoció la tortura de la cadena! Y ahora, ¿quién lo reemplazará ahora por las noches? ¿Quién velará el sueño de don Florencio montando la guardia en la galería de la estancia? ¿Quién cuidará su coche y su caballo? No será, no, ese inútil de "Corbata" ni el viejo "Tíber", que ya ni puede con sus huesos...

Una forma blanca que se mueve sin ruido, una nube liviana que se desliza fuera del dormitorio, cruza corredores y patios y se acerca al "Valiente". El fiel animal, a pesar del largo y flameante camisón lo reconoce; reconoce a su José María, y, muy erguido, escucha este susurro que aletea cerca de su oreja:

—¡Chist! ¡Chist!... ¡"Valiente"!, ¡"Valiente"!... — y como el perro, agradecido, quiere saltarlo, lamerle la cara, expresarle su mudo y profundo cariño, el chico lo retiene del collar, musitando con una voz que las lágrimas enronquecen:

—¡Vamos, m'hijo, quieto!... ¿Qué? ¿El "Valiente" quiere volverse a la estancia? ¡Vaya nomás que, por suerte suya, José María ya sabe bien lo triste que es el colegio!...

Y, así como va hablando, se esfuerza en deshacer el malhadado nudo que hizo su padre. ¡Oh, pero no se desata así, con tan débiles manos, lo que atan los hábiles y firmes dedos de don Florencio Márquez!

—¡Si tuviera un cuchillo!...

Tentando el collar reconoce el broche que lo cierra y que, a la presión de su mano, cede inmediatamente.

Libre de sus ataduras, el animal sacude la cabeza, se estira cuanto puede y viene a frotar su lomo en la rodilla trémula del niño.

En la oscuridad José María lo abraza llorando; lo lleva luego hasta la baja puerta del fondo y, a su incitación, el animal la salva limpiamente.

—¡Váyase, "Valiente"! — solloza, tocándole el frío hocico.

El perro no le obedece. Por el contrario quédase allí junto a la puerta, esperando que él también la salte.

Entonces José María decide volverle la espalda y, desoyendo sus cortos ladridos, cruza el patio, un corredor, otro patio, otro corredor aún y, por último, penetra en el dormitorio.

Tírase en su cama, sepulta la cabeza en la almohada y llora; llora y llora desesperadamente, acongojadamente...

Y en su imaginación píntase llena de vida y colorido, la figura del "Valiente" que trota en la oscuridad siguiendo el rastro de su amo... De vez en vez el perro se detiene y vuelve la cabeza ladrando:

—¡José María!... ¡José María!...

III

—¿Y esto? — pregúntase don Florencio cuando, con las primeras luces de la mañana, encuéntrase al "Valiente" durmiendo entre los almohadones del automóvil.

En seguida sus agudos ojos de rastreador notan la falta del collar.

—Sin embargo, — deduce — no ha podido romperlo; antes hubiera cortado la soga.

Al sentir a su amo cerca, el perro se levanta, se sacude como si así pudiera desembarazarse del sueño, y viene a chicotearle las botas con la cola.

—Alguien ha desabrochado el collar — termina — y ese alguien no puede ser otro que José María... José María que por la intensidad de sus padecimientos ha medido los que esperaban al "Valiente"... — dícese el mayordomo que con amarga lucidez todo lo ha adivinado.

Una hora más tarde, el rostro de cera del padre director se resquebraja en visajes, pero es inútil elocuencia toda la que gasta para hacer desistir a don Florencio de su poco meditada resolución.

—¿No hay forma, entonces, don Florencio?... ¡Vamos, piénselo con más calma, amigo mío!... Eso sería malograr el porvenir de su niño...

El mayordomo deja llover los argumentos y repite, simplemente, lo que dijo apenas puso los pies en el despacho:

—¡He venido a retirar a m'hijo!

IV

Ayer, al restituirse a "Caldén quemao", y mientras tendía de nuevo su catre, paralelo al de don Florencio, el niño hizo las paces con Fermín en vista de las atenciones que el hombre ha dispensado a su potrillo durante estos tres meses largos en que José María estuvo ausente.

Se acostó después en su antigua cama y durmió de un tirón la noche entera, como no durmió ninguna en el colegio.

Y ahora que despunta el día, este día en que para él empezará una nueva vida, o, mejor dicho, se reanudará su vida, porque la del internado no era "su vida", José María abre los ojos, se despereza largamente y se sienta como por un resorte, mirando en torno suyo, pues así, al pronto, no acierta a explicarse cómo habiéndose acostado anoche en su catre, se despierta hoy en el de su tata.

EL MONSTRUO

EL MONSTRUO

RAQUITICO, deforme, sucio, es un monstruo que inspira repugnancia y compasión, mucha repugnancia y mucha compasión.

La maestra, para evitarse el ruin espectáculo, ha confinado al niño en el último banco... Allí permanece, algo aparte siempre, casi ajeno a la vida multiforme del aula, todas las horas de clase.

Durante los recreos se le ve ambular, rolar — esta es la palabra — de patio en patio, como perdido. Cuando alguno de los niños normales, con esa exuberancia de energía que les es propia, lo atropella sin querer o lo voltea de intento, el monstruo se desploma como un muñeco que se desarma.

Todos los arrapiezos de la escuela, desde los mozallones que ya están por abandonarla hasta los cachorrillos del primer grado, se burlan del infeliz y, aunque la "Señorita" trata de impedirlo, prodigando severos castigos, nada consigue.

¿Qué puede hacer ella?

Los niños son crueles y taimados verdugos; la víctima débil y cobarde; la represión autorizada por el reglamento escolar torpe y floja.

Así es como todas las tardes el monstruo sufre un verdadero martirio a la salida de la escuela, sin que nadie pueda valerle.

Las pocas, muy raras veces, que el pobre niño falta a clase, los demás están malhumorados, y descargan su fastidio sobre la "Señorita", que, esos días, no puede con aquellos treinta diablos. La clase antójasele un infierno y, apenas llega a su casa, fatigada como nunca, la cabeza dolorida y el pecho desgarrado, se encierra en su alcoba y gana el lecho como se guarece en su cubil la bestiezuela acorralada.

Al día siguiente la maestra falta a su vez, y entonces los verdugos se encarnizan aún más contra el monstruo, torturándolo a su sabor.

El niño, que ha observado cómo se produce este recrudecimiento de la ferocidad en sus compañeros, asiste a clase con ejemplar puntualidad. Alguna vez se le ve llegar tarde, muy tarde, tembloroso, rogante, y la "Señorita", egoísta al fin — ¡quién no lo es, Dios mío! — lo disculpa siempre, pese a las rígidas órdenes que en contrario tiene recibidas de la Dirección.

—¡Pase! — dícele la maestra — ¡Siéntese!...

Y la pobre respira: se ha salvado.

El monstruo se está allí, en el último banco, casi empotrado en la pared, casi en un plano ideal; fijos los blandos ojos, los ojos borrosos, en la "Señorita", que va y viene ante el encerado, trazando rayas, números, letras... En cambio, ella no lo mira jamás. No lo mira, pero aquel rostro de bestial dureza lo tiene cincelado en la imaginación y ya no se le ha de borrar nunca...

Le infunden recelo, un recelo irreprimible, esos ojos como untados de sebo, esos labios gruesos, desbordantes, y esas manos flojas, desmesuradas, amarillas; ojos, labios y manos en que se traslucen, en que se esbozan, en que pululan, miradas y palabras y modos de vicioso, de viejo o de loco, no lo sabe

bien. Lo que sí sabe es que por nada del mundo consentiría en verse a solas con el niño, porque halla en su horrendo físico ese algo indefinible que nos hace ver y tocar con repugnancia un elástico roto y sucio por exceso de servicio.

No, no puede aventurarse hasta aquel rincón donde ha arrojado, donde ha encerrado a la mansa criatura, porque se le ocurre que, acercándose, percibiría el crecimiento de aquellas uñas melladas y el crujido de aquellos huesos mal formados. Influenciada por lecturas científicas y seudocientíficas, ha concluído por adjudicar a su alumno una espantosa genealogía... Es, según sus teorías, carne de presidio...

Alguno de sus inmediatos antecesores ha debido padecer largo cautiverio — piensa la "Señorita" — y de ahí que el monstruo arrastre los pies al marchar: se los traba un grillo imaginario. ¡El rastro atávico!

El director le ha dado informaciones que confirman cuanto ella ha intuído respecto a la ascendencia de este niño: es hijo de alcoholistas, y tiene un hermano paralítico.

No hay más: el monstruo está clasificado.

II

Acércase el mes de noviembre... La "Señorita" ha sido invitada a pronunciar una conferencia.

Asisten al acto, que se realiza en un salón de la escuela, las autoridades del distrito, directores, maestros y niños... El auditorio guarda el más correcto silencio, y la "Señorita" perora con cierto ridículo tonillo. "El alcohol, el alcoholismo y los alcoholistas" es el título del extenso trabajo que lee, algo sofocada por el calor y la emoción.

A cada párrafo el presidente del distrito, un señorón muy acicalado, hace gestos afirmativos, como si estuviese descabezando un sueñecito.

Durante una larga hora la "Señorita" no hace sino repetir lo más elemental que sobre el tema se ha escrito: Describe el daño que el alcohol produce, primero en la economía y en la salud del vicioso, y luego en la economía y en la salud de sus descendientes; hace una serie de consideraciones, unas, acertadas, y, otras, obvias; y termina su larga exposición con esta frase que es recibida con nutridos aplausos:

—"Dios ha reservado el más terrible de sus castigos para los alcoholistas; Dios los castiga en sus hijos. Los hijos de los alcoholistas no son niños; ¡los hijos de los alcoholistas son monstruos!"

Entonces la concurrencia abandona el salón y la escuela. Los niños, que se han aburrido en tanto tiempo de forzada inacción, se dispersan llenando de rumores la calle.

En el despacho del director, el presidente y el secretario del distrito cumplimentan ahora a la "Señorita".

—¡Soberbio! ¡Soberbio! — dícele el primero — Hemos de darle la merecida difusión a su trabajo. señorita... Hay que propagar la acción humanitaria del maestro... Yo haré que se publique y hasta que se transmita por radiotelefonía...

—¡Oh, señor! Pero si está escrito al correr de la pluma... ¡No vale nada!...

Segundos después el meloso presidente va al encuentro del secretario y del director, que departen cerca de la puerta.

—¿Vamos? — pregúntales ladeando la cabeza.

—Cuando usted guste, presidente.

—Ya mismo, entonces... Tomaremos alguna cosita en la confitería..., para seguir la charla que está ¡lo más interesante!...

Risas, bromas, saludos, y, cruzándose con los tres señores que se van "a tomar algo", se introduce el monstruo en el despacho.

La maestra está calzándose los guantes, para retirarse.

—Se...ño...rita... — balbucea tímidamente el niño.

—¿Qué quieres?

—¿Entonces, señorita, es verdad que yo soy un mons... un monstruo?

¡Ah! El silencio que se ha hecho alrededor de la maestra y el niño es un silencio tan espantoso que la "Señorita" se siente como arrebatada hacia el centro de la tierra por un vértigo instantáneo, y tiene que afirmarse en un mueble para no caer.

—Mi papá es un... borracho, siempre está borracho... Mi mamá también... Mi mamá toma mucha caña... ¡Mucha!... Mi hermanito es paralítico... Nació así... Pero yo... Yo no soy un monstruo, ¿verdad, seño...rita?

La "Señorita" no puede hablar porque esa lámina vibrante que es la lengua se le ha convertido en

una esponja gruesa, pesada, espumosa, que ya no le cabe en la boca.

—Los chicos dicen que soy... un monstruo; pero usted que sabe tantas cosas... les va a hacer ver que están equivocados... Sí, señorita, yo se lo pido...

Y repite sus argumentos y sus ruegos pero la maestra no puede escucharlo porque aun le rebotan en los oídos aquellas primeras terribles palabras: "¿Entonces, señorita, es verdad que yo soy un monstruo?"

La "Señorita" se ha inclinado hacia el niño. Ardientes lágrimas le chamuscan los párpados y mojan sus labios, sus manos y la cara asombrada del pequeño.

Ahora puede hablar. Con manos santas, manos de madre, acaricia la deforme cabecita, y con dulces labios, labios de madre, redimiendo de tanto padecimiento a la criatura y redimiéndose ella misma de tanto pecado, exclama:

—¡Calla, calla! ¡Calla y déjalos que digan!...

—No llore, seño...rita... Yo...

—¡Hijo mío!... ¡Hijo mío!... ¡Perdón!...

—Es que los chicos...

—¡Perdónalos, no saben lo que hacen!...

III

—El señor presidente me ha escrito encareciéndome que le envíe aquel trabajo suyo: "El alcohol, el alcoho...

—Lo he destruído, señor director...

—¡Cómo!... ¡Un trabajo de tanto mérito!... Tendrá usted que rehacerlo... La última parte era magistral, lo que se dice magistral. El señor presidente me la recordaba en la confitería, la otra tarde: "¡Los hijos de los alcoholistas no son niños; los hijos de los alcoholistas son monstruos!...

—Disculpe, señor; ¡pero no! Yo estaba equivocada... Los hijos de los alcoholistas son niños como los otros; niños más infelices, a quienes todos, y especialmente nosotros, los maestros, debemos dedicar toda nuestra atención y todo nuestro cariño...

EL PADRE MIGUENS

EL PADRE MIGUENS

EL cura párroco del lugar, el padre Miguens, es un viejo sacerdote español, digno, laborioso, ejemplar; lo que se dice "un alma de Dios".

Entre las pobres casas del pueblo, pocas de ladrillo o adobe, muchas de madera o de cinc, entre los alfalfares, los trigales y los montes, yérguese el campanario de su "hermosa y sencilla iglesita", como la llamará toda su vida. La construcción del templo fué costeada, hace más de veinte años, por devotos señores, propietarios de las estancias vecinas.

El padre Miguens, que desde la fecha de la fundación tiene a su cargo esta casa de Dios perdida

en los inmensos y fecundos campos argentinos, estimula a sus feligreses prodigándoles el ejemplo de su modestia, de su desinterés, de su caridad.

Un jardinillo, que el párroco cuida personalmente, embalsama con sus fragancias la sacristía, la salita y las tres celdas que ha destinado para oratorio, alcoba y comedor. En todos estos aposentos, presidiendo la vida del sacerdote, un Santo Cristo tiene preferente lugar.

En la alcoba, que es muy reducida, hay una blanca, estrecha y dura cama, que no le envidiaría un presidiario, una silla de antigua factura, un lavabo y un cofre; en el seno de este último unos granos de incienso perfuman el mísero ajuar del padre Miguens.

El comedor lo llenan por completo una larga mesa y dos largos bancos de pino, obra todos tres de su habilidad, y un negro y lustroso piano.

En el oratorio lucen un pupitre, una silla y un reclinatorio de ébano.

En la sacristía y en la salita, donde suele cumplimentar a sus visitantes, ya hay cierto despliegue de riqueza, pues amueblan la primera un pequeño es-

critorio, un armario y un sillón de muelles, y adornan la segunda varias butacas, un sofá y una dorada consola.

Pero donde el lujo desborda, es en la única nave del templo que resplandece como una patena con su altar cuajado de luces, con sus altas paredes ornadas de santas imágenes de tela y de bulto, con sus diez ventanales de colores, con su confesionario, su púlpito y sus parejos escaños artísticamente tallados; con sus lámparas y candelabros de plata maciza. Todo, todo fulge allí porque cada objeto y cada detalle, es motivo de perpetuos, minuciosos cuidados. El cura, el sacristán y los dos monaguillos, en conmovedora emulación, frotan y frotan metales y maderas, vidrios y mosaicos, sin cansarse nunca.

Su iglesuca es el único, el exclusivo afán del padre Miguens, y Dios el único, el exclusivo objeto de su vida.

Pero no creáis por esto que el buen sacerdote se limita a decir misas y que se concreta a sus devociones. No; desde que le pusieron al frente de este curato se ha constituído en defensor de los débiles, en abogado de los oprimidos, en providencia de

los indigentes. Más de una vez malvendió su humildísimo ajuar para socorrer a los pobres.

Abriga y sustenta a los huérfanos, cura a los enfermos, vela y amortaja a los que Dios llama a su seno.

Es, pues, como digo, "un alma de Dios".

Este apóstol cristiano, este corazón abnegado, tiene un drama íntimo que yo he conseguido hacerme revelar.

—Hace muchos, muchísimos años, pues a la sazón sólo llevaba yo tres en este curato, cierto día di asilo en mis habitaciones a un asesino, o, si usted prefiere el eufemismo criollo, a "uno que se disgració". Amparé, digo, al desconocido, le cedí mi lecho y aun le proporcioné caballo para que, a favor de la noche, ganara el monte e internándose en él, burlase a los policías destacados en su seguimiento.

Ya con el pie en el estribo, aquel hombre rudo a quien las circunstancias y los modales, todo en fin, me autorizaba a suponerle un corazón empedernido, me susurró tímidamente:

—Padre, allá, en Campo Grande, queda m'hijito. Usté lo bautizó, ¿se acuerda? Mauro se llama y va pa los ocho años... Se lo encargo y acéteme eso que he dejao en su oratorio.

Sin esperar mi respuesta picó espuelas y desapareció repentinamente; desapareció para siempre, para siempre, como si la tierra se lo hubiese tragado. Días después y muy lejos de aquí, fué hallado el caballo que yo le facilitara. Sin duda, más pronto o más tarde, murió en el fondo de estos montes y, si Dios escucha los ruegos de este humilde pecador, ya le habrá sido perdonado su crimen.

La verdad es que, aquella noche, mi vida, que era la tranquila y solitaria vida que cumple llevar a un sacerdote modesto y contraído, la misma vida sin complicaciones que usted me ha visto llevar ahora, sufrió un gran vuelco, pues vinieron a quedar en mi poder, a mi arbitrio, bajo mi custodia, un niño, un poncho y un par de estribos.

Allí, en el oratorio, el gaucho habíame dejado un rico poncho de vicuña y dos pesados estribos de plata, sus prendas, su caudal, su orgullo...

Yo me hice cargo, por entonces, de Mauro, mejor dicho, de Mauricio, que, desde aquella época,

fué un monaguillo en la iglesia y un rey en mi casa. En aquel niño desvalido puse todas las esperanzas, todas las ambiciones, todos los sueños a que yo renunciara para dedicarme a Dios. Todo lo que para mí había desdeñado lo quise, lo busqué y lo reclamé para él. Mucho me sacrifiqué por aquella criatura, pero, ¿qué sacrificios no debemos hacer en favor de los huerfanitos?

Fué mi espejo, mi pasión; una pasión que no excluía y ni siquiera enturbiaba la religiosidad que tengo infundida en mi alma, en mi ser mismo, ofrendado todo él a Dios.

Cuando Mauricio cumplió los diez años no era ya el niño casi salvaje, ¡pobrecillo!, que yo encontré en Campo Grande. Yo asistía, encantado, a aquella evolución feliz, a aquella transformación, casi diría transfiguración, que Dios se dignaba realizar por medio de este pobre cura.

Ya poseía nociones elementales de todas las materias cuando descubrí en mi hijo — ¡ah, qué placer experimentaba llamándolo así! — un hermoso tesoro, el tesoro con que el cielo, en su infinita misericordia, premiaba mis afanes y resarcía a Mauricio de su triste orfandad. En efecto, el adolescen-

te reveló excepcionales facultades para el canto. Su vocecita era un trino incipiente, su garganta un cristal maravilloso... ¡Qué emocionante hallazgo!

Mi chinito, mi gauchito, delgado, melancólico, tímido, se crecía al ensayar el canto; emitiendo las notas su pecho y su garganta se expandían como los de un pajarillo envanecido.

Yo mismo, pues la ignorancia es muy audaz, caballero, muy audaz, recordando mis viejos y bellos tiempos del seminario, le enseñé los primeros rudimentos del arte musical y, si antes lo amaba, entonces adoré en él. ¡Cómo gozaba oyéndolo vocalizar!... ¡Si era un jilguero gorjeante!

Pasáronse así dos años, repartiendo mi tiempo, mi solicitud y mi fervor entre mi iglesita y mi protegido. Y aquí surgió el primer tropiezo al que no habían de tardar en seguir otros, ¡ay!, otros mucho más graves...

El hecho fué que hube de encomendar la educación de mi futuro gran artista a manos más expertas, porque ya, ¡pobre de mí!, Mauricio sabía más que yo.

Su intuición, esa maravillosa facultad, ese misterioso poder adivinatorio, ese preciado don que el

cielo otorga a sus elegidos, le allanaba todos los obstáculos, todos los escollos del aprendizaje.

Cuando ya me resolvía, — ¡Dios sabe con qué dolor de corazón! — a internar a Mauricio en un gran colegio porteño, vale decir, a separarme de él, nombraron jefe de la estación ferroviaria del pueblo a un cordobés — ¡quién sabe dónde andará ahora si no ha dejado ya este mundo! — a un cordobés, digo, hombre muy juicioso y que, por una de esas felices casualidades que se dan en la vida, era buen músico. En sus tiempos había sido diplomado con "medalla de oro" en uno de los conservatorios más famosos de la docta ciudad.

No sé por qué razón, pues sobre ser juicioso era discretísimo el hombre, por aquellos tiempos de que le hablo ya había arrumbado su violín y sus caras ilusiones de artista.

Accediendo a mis ruegos encargóse él de sacar adelante a Mauricio, pero, como no poseíamos piano, ni lo había aquí, el profesor se ingeniaba y martirizaba vanamente para suplir este precioso instrumento con el armonio del coro y con su ya afónico violín.

¡Cuánto sufrí viendo a mi prodigioso cantante condenado a malograrse por carecer del piano que a aquella altura de su carrera se volvía más y más imprescindible!

Así perdimos un año, y otro, y otro aún. ¡No, no era posible! Naufragábamos definitivamente. Era aquélla una dificultad insuperable para mí. Y nos resignamos los tres a ver deshecha, perdida, la gloria en que soñábamos.

¡Ah! pero la misericordia de Dios es imponderable y mandó en nuestro auxilio a un comerciante recientemente establecido en el lugar y que simpatizó mucho conmigo.

Era un señor Arrieta, Julián Arrieta, entrerriano, hijo de vascos, noblote y sencillo como una moneda de oro. El me ofreció servirme de fiador para que yo pudiese adquirir un piano cuyo importe me comprometí a abonar en diez cuotas mensuales. ¡Imagínese usted!... ¡Los disparates que hace el corazón! Así con mis escasos medios eché sobre mis espaldas, sobre mi flaca hacienda, la obligación impostergable, sofocante, fatal, de pagar diez cuantiosas cuotas mensuales... ¡Un disparate, señor! ¡Un sublime y terrible disparate!

Para responder a mi firma economizábamos sobre nuestra salud, sobre nuestra sed, sobre nuestra hambre... Pero no por eso nos arredrábamos. Vivíamos a pan y agua y hasta competíamos en sobriedad y en abnegación, empeñándonos cada uno en cederle al otro la corta porción de pan que nos correspondía, reservándonos el agua únicamente...

Y, créame usted, comprobamos, experimentándolo largos meses, que el pan y el agua bastan y sobran cuando se vive para la gloria, en su eterna, febril persecución.

Los dos pasábamos días enteros sobre ese piano. ¡Véalo usted! Quince años lleva ahí, negro y lustroso como el primer día. Perdón, no lo abra usted, señor. ¡Tengo hecho ese voto!

¡Jamás se cuidó tanto instrumento alguno en la tierra!

La alegría llegó con él a mi casa, yo pensé que para siempre... ¡Dios no lo quiso así!

¡Mi sueño se cumplía!... Pero qué cruentos dolores me costó aquella preciosa adquisición...

La primera cuota pude abonarla con relativa facilidad; la segunda ya me afligió un poco y algo más la tercera. La cuarta ya no pude atenderla oportu-

namente y recibí una severa conminación de mis acreedores. No sé cómo reuní el dinero necesario y cumplí. Pero el quinto plazo se me vino encima sin que pudiera munirme del efectivo correspondiente y llegaron una tras otra dos enérgicas reclamaciones y, sobre ellas, esta perentoria amenaza: Si a vuelta de correo no giraba el importe, retirarían el piano sin más trámite, ya que así lo autorizaba una cláusula del contrato leonino que me obligaran a firmar.

Me decidí, envolví el poncho y los estribos del gaucho, aunque constituían para mí un depósito sagrado, y salí resuelto a deshacerme de ellos para que Mauricio no viera tan malhadadamente interrumpidos sus estudios.

Lleguéme a la casa del señor Arrieta, le referí de pe a pa mi angustiosa situación, puntualicé a su pedido el monto de lo que aun adeudaba — ¡una cantidad fabulosa para un pobre cura de campaña como yo! — mencioné la carta que acababa de recibir, más terrible por cierto que una puñalada, y, por fin, le ofrecí en venta aquellas nobles prendas por tan extraño modo llegadas a mis manos.

Conmovido ante mí no disimulada aflicción, el señor Arrieta consintió en ayudarme y aceptó el traspaso del poncho y los estribos; segundos después aleteaba en mis manos el cheque con que pude satisfacer por una vez más a mis exigentes acreedores.

¡Ah, qué días, qué días de ilusiones y amarguras, a cual más intensas, fueron aquéllos para mí!

Una semana más transcurrió y, una tarde, regresando de la gira que mensualmente realizo para atender a mi feligresía, encontré, al entrar en mi oratorio, allí mismo donde una noche inolvidable los dejara su primitivo dueño, el poncho de vicuña y los estribos de plata. Junto a ellos un sobre, que encerraba un cheque y una esquelita, me dió la solución de aquel enigma. Firmaba ambos el señor Arrieta. Me decía: "Estimado Padre: El éxito de una operación comercial me permite hacerle este pequeño obsequio que le ruego me acepte. Quiero que se dé la satisfacción de saldar ya mismo esa cuentita del piano".

Fué un golpe muy grande para mí. ¡Caí de rodillas, señor! Aun había hombres buenos en el mundo y el señor Arrieta era uno de ellos...

Desde ese día y gracias a aquel buen corazón, se dulcificó nuestra existencia; de allí en más mis desazones se redujeron a los acostumbrados disgustos que a todo pastor proporciona su rebaño. También solía darme algunos mi hijo, encaprichándose tal cual vez, prodigando tontamente su voz, aprendiendo insulsas canciones de moda, desobedeciendo las desinteresadas y sabias indicaciones de su profesor... En fin, pequeñeces...

Sí, señor, ¡pequeñeces!

Yo era feliz, feliz... Mi niño progresaba mucho. Mi satisfacción era inmensa aunque ahora se presentaba el más grave obstáculo, porque Mauricio entraba ya en la edad en que los cantantes exigen la atención de los especialistas.

Una última vez la divina providencia oyó mis ruegos y obtuve para mi hijo la poderosa protección de un senador nacional que lo llevó a Buenos Aires y luego lo envió a Milán, costeándole los estudios y todas sus necesidades.

Mientras estudió en Buenos Aires, Mauricio me escribió con relativa frecuencia, contestando cortesmente, sólo cortesmente, a casi todas mis cartas.

Yo no quería abrir los ojos a la evidencia, pues, allí, mimado ya por la fortuna, empezó a olvidarme.

Un día, sin haberme anunciado siquiera su partida para el extranjero, recibí un breve billete fechado por él en Milán. ¡Su última carta!

En aquella ciudad perfeccionó sus facultades y se hizo el gran cantante que es hoy. Cuatro años pasó en Europa y yo disculpé siempre su silencio. El arte, señor, llenaba todas sus horas; el arte y sólo el arte me robaba su cariño; no era un ingrato, no me olvidaba...

Usted me comprende... ¿verdad?

Y yo le escribía siempre; todas las semanas el correo le llevaba mis consejos y mis cariños. Yo soñaba con él.

Tenía noticias suyas porque su Mecenas, el gran señor de quien le he hablado, era muy atento conmigo y contestaba o hacía que su secretario contestara a mis cartas. Alguna vez hasta me remitió diarios italianos que elogiaban a mi hijo y le predecían un soberbio porvenir.

Después Mauricio vino a la Argentina incluído en un elenco ilustre contratado para el Teatro Colón.

Esperé sus cartas... su visita... ¡Nada!

Una enfermedad me impidió ir a verlo a Buenos Aires y cuando sané ya no estaba Mauricio en el país. Ahora anda por Norte América... Ya no le escribo... ¡Ya no lo espero!

En adelante viví y aun vivo la misma vida de mis primeros años al frente de este curato, llenando fervorosamente mi misión. Y, cuando mi iglesita se queda solitaria, en los crepúsculos y en las noches, tan largas, acaricio este piano que no abrieron jamás otras manos que las suyas, y, desesperado ante tanta ingratitud, doblo sobre esta tapa la cabeza para llorar como se llora sobre el ataúd de un hijo.

¡Me ha olvidado! ¡Me ha olvidado!... ¡Se ha olvidado de mí que hice de él mi razón en el mundo!

Es triste, muy triste mi vida...

Véame usted, viejo, caduco a los cincuenta años...

Ciertas noches, tristes entre todas mis noches, cansado de leer sin fruto y de rezar sin consuelo, apago la vela que alumbra mis vigilias dolorosas, y, tendido en mi lecho, cierro los ojos y rememoro las angustias del tiempo aquel en que Mauricio aun estaba conmigo. ¡Cuántos años han pasado! Tantos que ya su silueta y su rostro se han

desvanecido en mi memoria... El único recuerdo que aun subsiste en mí, porque es imborrable, porque es indeleble, es el timbre de su voz poderosa, entera, vibrante, fina...

En la alta noche me despierto y, entredormido, creo oír una música sagrada, conmovedora, ideal. Tiendo el oído; acordes suavísimos aletean y luego, como el suspiro de la brisa entre el follaje, nace de ellos la armonía exquisita de la voz humana, de la voz de Mauricio, de la voz inolvidable que canta, igual que antaño, tantas veces, la Serenata de Schubert...

Y escucho con tan recogido fervor que yo no sé decir si aquellas dulces angustias son las del éxtasis o las de la agonía...

Como un autómata, como un sonámbulo, abandono mi lecho y, atraído por la resonancia de este piano y por la potencia asombrosa de la voz de mi hijo, llego hasta aquí.

¡Ah, vengo movido por la fe en la misericordia de Dios Todopoderoso que va a obrar un milagro, devolviéndome a Mauricio, devolviéndome a mi hijo que vendrá al fin, a llevarme consigo ..!

Pero no, sueño despierto; el aposento está como siempre solitario y el piano cerrado para siempre.

Herido por el rayo de la terrible evidencia caigo en tierra sin sentido y así me encuentran muchas mañanas al pie de este piano...

Hasta que un día el Señor se apiade de mí, y, al querer auxiliarme como en tantas otras ocasiones, me hallen muerto...

¡Ingrato! ¡Ingrato!

Así habló el padre Miguens.

EL PANTALON LARGO

EL PANTALON LARGO

I

HORACIO, el hijo del ingeniero Blanes, fué siempre el más cachafaz de los niños del barrio, pero desde hace tres semanas, se ha formalizado tanto que ya no lo reconocen ni los pilluelos ni los vigilantes, que es como si dijéramos que no lo reconocen ni sus cómplices ni sus víctimas. El arrapiezo insoportable se ha trocado en una gentilísima criatura a quien se presenta ahora como modelo en la escuela.

Esta súbita transformación ha chocado mucho a los antiguos camaradas de Horacio: no conciben cómo se ha operado cambio tan fundamental. Tampo-

co lo conciben los maestros y los vecinos. Por eso todos lo observan con disimulado desconcierto. Celebran que el niño se haya corregido, pero, allá en su fuero íntimo, vecinos y maestros se sienten molestos porque ya no podrán achacarle a Horacio cuanto desaguisado trastorne el barrio o la escuela. Ya no podrán declarar de buenas a primeras: — "Ha sido ese granuja de siempre... ¡Ha sido Horacio!... ¡No me diga una palabra más, señora! Ha sido Horacio... ¡Como si lo estuviera viendo!... ¡Sólo Horacio es capaz de cometer esas semejantes atrocidades!..."

Y si los vecinos y maestros están desconcertados con la inopinada transformación de Horacio, no lo están menos los niños que lo tuvieron siempre como caudillo supremo... Ahora — se dicen — ya no quedarán impunes las travesuras individuales o colectivas cuya responsabilidad recaía fatal e irrevocablemente sobre Horacio... Ahora habrá que usar más astutos ardides para escapar al castigo, pues ya no estará ahí la mala fama de Horacio para atraer todas las sospechas y, tras ellas, todos los azotes. Ahora, cuando la encargada del conventillo "de la vuelta" encuentre el trapo del piso hirviendo a to-

do hervir en la olla del puchero, no correrá ya sin más ni más a presentar la consiguiente queja contra Horacio... Ahora habrá que andar con mucho tino para no recibir la condigna tunda a consecuencia de embadurnar inmundamente los aldabones o de encasquetarles latas vacías a los gatos...

Pero ya es tiempo de que os diga, cómo se operó tan milagrosa transformación.

II

He aquí cómo ocurrió todo:

Una mañana, al abandonar su lecho, Horacio tuvo una fuerte sorpresa.

—Hijo mío... — díjole dulcemente su mamá — Aquí tienes el pantalón.

Horacio creyó que la buena señora se burlaba, y rompió a reír con su confiada risa de pequeño bandolero, pues el pantalón que su mamá le presentaba no era el pantaloncito que vestía siempre, sino otro mucho más largo.

—Si ése es un pantalón de papá, mamita...

—Sí, querido; pero lo he arreglado a tu medida. Eres muy crecido y es tiempo que lleves pantalón largo...

Horacio miraba a su mamá queriendo atraparle una sonrisa que la traicionara, porque, seguramente, se complacía representando para él aquella tonta comedia. Pero como la señora permaneció siempre formal, el niño insinuó:

—Vamos, mamá, ¿cómo voy a llevar pantalón largo? ¿No ves que no he cumplido los doce años siquiera?

—Así lo ha resuelto papá, querido...

Sólo entonces advirtió Horacio que se trataba de una seria determinación, mas no por eso pensó en acatarla. Muy al contrario. Durante media hora rogó, alegó, amenazó, pero todo fué en vano.

De pronto apareció allí el padre y bajo su dura mirada el niño hubo de aceptar la horrible prenda.

Apenas se vió enfundado en el largo pantalón, brotó en su cerebro esta idea: "Si mis compañeros me viesen así vestido, me gritarían: ¡Farruquiño! ¡Farruquiño!"... Y una ola de sangre le caldeó el rostro.

El padre no quiso llevar demasiado lejos el experimento, y no le exigió que fuese a la escuela aquel día.

—Bien... — dijo. — Hoy no irás, pero mañana te llevaré yo mismo.

Cuando lo dejaron solo el niño lloró mucho tiempo. Jamás se atrevería a salir puertas afuera. No podría soportar las burlas de sus compañeros. ¡Ah, Dios mío... qué espantosa figura la suya!... Y se entregaba a la desesperación considerándose en el espejo. Estaba en el peor de los ridículos. Cerraba los ojos y se veía a sí mismo elegantemente vestido con su corto pantaloncito a la inglesa, con su habitual pantaloncito que dejaba descubiertas sus redondas y morenas rodillas... ¡Dios mío! ¡Dios mío!...

Tibias lágrimas bañaban su rostro... Un poco fatigado y algo entontecido por el llanto, pasóse la mañana levantando tímidamente la punta de la cortina para echar ojeadas a la calle desierta... ¡Ah, no la pisaría nunca llevando aquella ridícula vestimenta! ¡No!

A las doce pasaron en tropel bajo su ventana los niños de la escuela, los niños felices a quienes

no se les obligaba a llevar pantalones largos... Y su pena se hizo intolerable: un vapor asfixiante le envolvió la cabeza. Era una horrible agonía la agonía de su amor propio.

Llegaron hasta él los ruidos peculiares que anuncian en la casa la hora del almuerzo: su mamá disponía la mesa.

Su angustia se hizo más intensa al pensar que antes de diez minutos habría de presentarse en el comedor andando desgarbadamente, trabado por aquel pantalón... Cruzó por su mente la idea de cortarlo improvisándose uno que dejara descubiertas sus redondas rodillas, pero el respeto a la paterna autoridad lo contuvo...

Meditó unos segundos; haciendo un esfuerzo sublime corrió a través de la casa, y, precipitándose a los pies de su madre, exclamó con una voz que no era la suya, una voz enronquecida por las lágrimas:

—Mamá... mamá... dile a papá que seré muy bueno, muy bueno..., como él quiere que sea, pero que no me obligue a usar estos pantalones largos, porque... prefiero morirme, mamá..., ¡prefiero morirme!

La buena mamá se asustó un poco viéndolo tan excitado; lo acarició mucho, lo consoló, le prometió interceder ante el padre, y, advirtiendo la llamarada de la fiebre en su frente, lo llevó al lecho. Ella misma lo desembarazó del pantalón largo, lo arropó cariñosamente y no lo abandonó ya.

Le sobrevino una grave conmoción nerviosa y hubo de guardar cama varios días. Después vino la convalecencia, durante la cual sus padres fueron con él más cariñosos que nunca.

Y por fin llegó el anhelado día en que Horacio abandonó el lecho.

¡Ah! qué apretados abrazos dió a su padre cuando él le dijo:

—Aquí tienes tu pantalón, hijo mío.

Porque el pantalón que su padre le presentaba ahora era uno de sus viejos pantaloncitos a la inglesa, uno de sus cortos pantaloncitos a la inglesa...

III

Así, pues, lo que no se había logrado con palabras severas, largos encierros y crueles golpes, se obtuvo infligiéndole a Horacio la tortura del ridículo...

EL PREFERIDO DE LA SEÑORITA

EL PREFERIDO DE LA SEÑORITA

I

ENRIQUE Abrijo cursa el cuarto grado. Su maestra, la señorita Roland, estima mucho a este niño "tan caballerito" — como ella dice — y cuya natural distinción tiene el más vivo contraste en la grosera naturalidad de sus compañeros.

Como la buena maestra no oculta la intensa simpatía que le inspira este niño encantador, ha concitado contra él la ciega hostilidad de la clase. El diario martirio a que lo someten concluiría por abatirlo si esa entereza precoz que lo distingue no lo obligase a sobrellevarlo heroicamente.

"El preferido de la señorita" — como lo motejan — hace un culto de aquella simpatía que, constituyendo su público baldón, es su íntimo orgullo.

Todas las mañanas acude a la escuela con tiempo sobrado. Saluda cariñosamente a don Ramón, el viejo portero que lo conoce desde que estaba en primer grado, y se precipita en el aula vacía a esa hora. Deja los útiles en su banco, la cartera y la gorra en la percha, y empieza a repasar con mística prolijidad los objetos que están sobre el escritorio de la maestra. Cerrando los ojos podría enumerarlos y describirlos todos:

—De izquierda a derecha — diría con ese modito un poco tonto con que recita sus lecciones, — de izquierda a derecha están dispuestos: el florero, que la señorita llena de violetas en invierno y de rosas y glicinas en primavera; el tintero, que yo lavo cada día para renovar la tinta; la caja donde guarda las plumas y los lápices; el frasco para la goma, y un pisapapeles de mármol, que tiene un ángulo roto. Adelante de la carpeta están el cortapapel y las dos reglas...

Ahora Enrique corre hacia los lavatorios para enjuagar el tintero y, cuando vuelve, párase a mirar

cómo corretean en el patio algunos pequeñuelos de los grados inferiores, que le tienen respeto porque ya está en cuarto grado y, sobre todo, porque han oído decir que es "el preferido de la señorita Roland"...

Otra vez en el aula, Enrique Abrijo, acecha nerviosamente la marcha del reloj: ¡Espera!

Interrumpe mil veces su tarea porque ha creído oír los conocidos pasos, lentos y leves, de su ídolo. Entreteniendo el tiempo, retoca aquí y allá los deberes escritos del día, y se comporta en esos instantes con la exagerada aplicación de que sólo los niños enfermizos son capaces...

De pronto, la más viva felicidad enciéndele el rostro:

—¡Buen... día..., seño...rita! — balbucea, viéndola aparecer gentil y sonriente como siempre.

Y es una turbación cada día mayor la que hace vacilar el espíritu del niño cuando la maestra le sonríe en esos encuentros buscados, preparados, soñados...

La señorita está allí, detenida en la puerta, quitándose el guante de la mano derecha con alguna torpeza, y, el niño, que lo advierte, viene en su au-

xilio, ofreciéndose con el tono de inocente familiaridad que usa con su mamá en parecidas ocasiones:

—¡Yo, señorita, yo!... — Y, con el modo hábil de un experimentado, la desembaraza del ceñido guante.

—¡Gracias, caballero! — dice, con cómica gravedad, la señorita, sonriendo ante el gesto con que Enrique echa hacia atrás la gloriosa melena de leoncillo, que se le ha venido a los ojos...

II

Enrique Abrijo es feliz, muy feliz, más feliz que puede serlo niño alguno en la tierra. Vive en continua exaltación: apenas se insinúa la luz del día entre los postigos de su alcoba, salta del lecho. Para no ser oído corre descalzo hasta el cuarto de baño y, como el agua de la ducha está muy fría y no puede desahogar su impresión gritando, da bajo ella algunos saltos. Aun brillan gotitas en los mosaicos del piso, cuando ya está vestido.

En el comedor lo espera la buena Elisa, que to-

do lo tiene dispuesto. Enrique, de pie, mordisquea un bizcocho y, sin terminarlo, concluye su desayuno sorbiendo un poco de té.

—¡No le vaya a contar a mamá, eh!... — le suplica, aunque no duda de la fidelidad de Elisa, que, a las diez, le dirá a la señora que el niño tuvo mucho apetito: — "Mucho apetito, sí, señora; se sirvió una taza de café con leche y un gran plato de dulce"...

Elisa sonríe acompañando a Enrique hasta la puerta, y considera bien pagada su complicidad porque el chico nunca da vuelta a la esquina sin hacerle una última señal amistosa. La criada vuelve luego al comedor y lleva el servicio a la cocina, engulléndose el bizcocho desdeñado por Enrique.

Entretanto el niño llega corriendo a la escuela y, como no acierta a detenerse en la puerta, tanto impulso traía, salva en dos saltos la brillante escalinata de mármol que don Ramón está lavando.

—Disculpe, don Ramón... No pude pararme... Buen día... — explica algo cohibido.

—No es nada, niño Enrique... Buen día. — responde el portero plácidamente, repasando con el

trapo las opacidades que imprimieron en los escalones los zapatos del chico.

Pasan los minutos y la escuela se va poblando de rumores. Los niños y las maestras se cruzan, saludándose, en los enormes patios. Don Ramón ha terminado la limpieza, y se lo ve entrar en todas las aulas depositando en las mesas de las maestras la diaria dotación de tiza.

Se acerca la hora y Enrique abandona el aula, donde todo lo ha dejado dispuesto.

Aunque apenas faltan dos minutos para el primer toque de campana, la señorita Roland no ha llegado todavía, y este hecho insólito, que llama la atención general, preocupa a Enrique cuyos ojos persiguen ansiosos la marcha de las agujas sobre la blanca esfera del gran reloj.

Falta un solo minuto. El niño no piensa, ni por un momento, que bien puede faltar un día quien ha sido puntual años enteros.

Una ternura inmensa lo traspasa al pensar que su señorita se ha sentido perezosa esta mañana.

Un repique brioso estalla ahora y todos los niños acuden a tomar sus puestos en las filas bajo la mirada vigilante de las maestras.

Y minutos después todos los grados se han dirigido a sus respectivas aulas, pero los alumnos de la señorita Roland permanecen inmóviles en el fondo del patio.

Al momento acércase el director. Su cabeza tiene algo de la cabeza del buitre; el cráneo mondo hacia las sienes, huesudo y estrecho; los ojos claros y acuosos; la faz rasurada y la color cetrina; la dentadura apriétase brillando entre la grieta fina de sus labios; enclenque el cuerpo, los hombros levantados, desmesuradas las piernas. Este es el hombre que les ordena secamente:

—Flanco derecho... ¡Derech! De frente... ¡March!

Y los conduce al aula.

—¡Sentarse!... — dice una vez en ella.

Enrique ha hecho todos estos movimientos automáticamente.

El director pasa lista. Hay una pausa larga, muy larga, durante la cual los niños cuchichean y el director mira hacia el patio.

—Permiso, señor... — Es el portero que trae una carta en la mano.

—Pase...

Obedece don Ramón, entrega el sobre y sale.

Todos los ojos siguen atentamente los movimientos que hace el director. Una vez que ha abierto y leído la carta, dice:

—La señorita Roland me avisa que no puede concurrir hoy a la escuela; en consecuencia, pasaremos el día juntos.

Enrique no puede reprimirse y pregunta:

—Señor... ¿está enferma la señorita?

El director vuélvese hacia él y contesta, marcando mucho las sílabas:

—No-lo-di-ce, se-ñor... — y quédasele mirándolo a los ojos pero, al instante, la dura mirada desciende cayendo al suelo como líquido que se derrama.

—Saquen los libros...

Enrique abre su libro de lectura y, abandonándolo sobre el banco, finge atender a la lección, pero su pensamiento está muy lejos. Piensa:

—¿Es posible que haya de pasar estas cuatro horas sólo?... ¿Es posible que haya de pasar estas cuatro horas en la soledad y en la tristeza?

Allí nada tiene interés para él: falta la luz, la música, el movimiento, el alma triunfal del aula: la señorita, "su" señorita.

Y deja de compadecerse a sí mismo para sufrir

por ella, pues cree que sólo una enfermedad, una grave enfermedad, puede impedirle que acuda a la escuela...

—Lea, señor Abrijo.

La orden viene a arrancarlo a su dolorosa meditación. Se pone de pie y, esforzándose mucho, lee mediocremente, él que es el primer lector del grado.

—¡Muy pobre su lectura, señor Abrijo!

Desdeñando intentar una disculpa, Enrique vuelve a sentarse y a sumergirse en sus fantasías.

Las horas pasan monótonas, pesadas, interminables. Se propone pedir permiso para retirarse, pretextando una indisposición, pero no se atreve por temor a las burlas de sus compañeros. Ya durante un recreo, y porque se paseaba a lo largo de los patios, uno de ellos, destacándose de un grupo que le celebró la ocurrencia con grandes carcajadas, le ha dicho:

—Che, ¿qué te pasa, que andás como víbora que ha perdido la ponzoña?...

Por fin la campana anuncia la anhelada hora de la libertad e instantes después, Enrique Abrijo, que marcha lentamente rumbo a su casa, toma una

súbita determinación y, volviendo la cara corre hacia la esquina, con tanta oportunidad que alcanza a subir al tranvía en que viaja todos los días su maestra.

Veinte cuadras más allá se apea. Camina unos pasos, se detiene ante la casa que busca y, nerviosamente, hunde el botón del timbre.

Espera conmovido y, cuando ya va a insistir, se abre la puerta y se le aparece la señorita Roland, que, agradablemente sorprendida, exclama:

—¡Oh, Enrique!...

Durante un segundo el deslumbramiento y la felicidad del niño son tan grandes que le impiden hablar. Pero, por fin, murmura:

—Buen día..., seño...rita...

—Buen día. ¿Deseabas algo, querido?

—Yo... venía a verla, señorita, porque pensé que podía estar... enferma...

La señorita se acerca, le pone las manos en los hombros, como es su dulce costumbre, y le dice:

—¡Querido Enrique!... — y luego le explica. — Falté porque mamá estaba indispuesta, un poco indispuesta nada más.

—Pero... ¿ya está mejor, no?

—Sí, hijito, muchas gracias. ¿No quieres pasar?

—Muchas gracias, señorita, pero se hace tarde... —sin embargo, no se decide a irse porque desea averiguar algo más. Teme ser indiscreto. Como la situación se está haciendo embarazosa, vence su natural timidez y agrega, sin atreverse a levantar los ojos del suelo:

—¿Así que mañana va a ir a la escuela, señorita?

—Pero... ¡cómo no!...

—¡Ah, bueno!...

Ahora sí puede irse. Ya está satisfecho.

El aula recobrará mañana la luz, la música, el movimiento, el alma.

—Entonces, hasta mañana, señorita.

—Hasta mañana, Enrique.

Y lo saluda cariñosamente las tres veces que él se vuelve a sonreírle antes de llegar a la esquina, pensando complacida en lo mucho que la quiere aquella dulce criatura.

—¿Quién era, hija?

—Enrique Abrijo, mamita.

—¡Pobre chico!... — murmura la anciana señora.

—Es un caballerito... — termina un poco orgullosa la maestra.

III

Entrando a su casa Enrique piensa que tiene que justificar la demora en que ha incurrido.

—¿Cómo vienes tan tarde, Enrique? — pregúntale la mamá.

—¡Lo habrá dejado en penitencia su célebre señorita! — exclama irónicamente el padre.

—La señorita — dice en tono humilde el niño — no ha venido hoy.

—¿Está enferma? — interroga, algo inquieta. la madre.

—No, mamita; pero, como en la escuela no sabían nada, yo pasé por su casa, a la salida.

—Me gusta que seas un niño atento, pero, antes, debiste venir a tu casa, y, una vez conseguido nuestro permiso, haber ido a cumplir con tu maestra — indica el padre, con cierta severidad.

—Estaba tan intranquilo que no pensé en eso... Felizmente, — concluye — la enferma era la mamá...

—¿Cómo felizmente? — estalla la señora, mirando con disgusto al padre, que ríe a más y mejor oyendo el chiste que, sin quererlo, acaba de hacer su hijo.

—No he querido decir eso, mamita...

Todos ríen, y cuando toma su sitio en la mesa, el niño ya ha olvidado las tristes horas que pasó en la escuela.

Es feliz, muy feliz, más feliz que puede serlo niño alguno en la tierra, porque mañana irá a la escuela "su" señorita.

L A P I N G Ü I N A

LA PINGÜINA

SIN desatender en nada su grado, que es el tercero, la señorita Clotilde, maestra fervorosa si las hay, como es también algo artista, se encarga siempre de organizar las fiestas que se celebran en su escuela.

—¡Ah, la señorita Clo es un elemento precioso! —suele decir la directora haciendo justicia a los méritos de su amable subordinada. — ¡Qué niña! ¡Es la alhaja de mi personal!

Y dice bien la directora: nadie como la gentil señorita Clotilde para aleccionar a los infantiles actores, ayudándolos a vencer las dificultades, re-

pitiéndoles una y mil veces los parlamentos, detallándoles las inflexiones y las actitudes precisas. Pero también, ¡cuántos estallidos nerviosos debe reprimir para no empezar a mojicones con la tropa de precoces comediantes!

Ahora, en el programa que ha compuesto para la fiesta conmemorativa de la independencia nacional, ha incluído una poesía de Evaristo Carriego titulada "Mamboretá", y a la que ha conseguido dar una eficaz forma escénica. La niña que recita monologa lavoteando unos trapos, y, de pronto, una voz brutal la interrumpe allá entre bastidores, dando motivo a que la infeliz criatura diga su enternecedora frase final, destinada a arrancar un aplauso cerrado.

La entusiasta maestra conoce bien lo que puede dar de sí cada uno de los componentes de su elenco y, como cuida escrupulosamente la fiel interpretación de sus concepciones dramáticas o cómicas, no se ha resuelto aún a adjudicar este recitado a ninguna de sus comediantes. Es que, en realidad, ninguna de las diminutas actrices de la escuela tiene condiciones para triunfar en la interpretación de "Mamboretá".

Necesita una criatura endeble, mísera, que por sí misma inspire compasión; un cuerpecito raquítico, tembloroso; un rostro enflaquecido, demacrado; unos ojos lánguidos, rogantes; una vocecilla apagada... Que le den una niña así, y ella se encargará de hacer maravillas infundiéndole toda la emoción, todo el hondo fervor artístico que el breve poema de Carriego le inspira.

Sí, ya sabe la señorita Clotilde que entre las alumnas de segundo grado hay una criatura así, una criatura cuyo desmedrado y triste físico es el que ella pretende para la recitadora de "Mamboretá". Es Luisa, María Luisa Silva, a quien ella misma ha aplicado el cariñoso remoquete de "Pingüina", porque su apacible figurita le sugirió, al verla por primera vez en la escuela, la ingenua estampa de un pájaroniño. Sí, su aspecto se presta, pero Luisa no tiene memoria ni espíritu; no podrá aprender los versos ni se animará a presentarse en escena. Y, aunque lo hiciese, no logrará hacerse aplaudir. ¡No! No es la "Pingüina" la indicada para recitar "Mamboretá" aunque tenga una figura que ni de encargo... ¿Y si probásemos? No es la primera vez que descontando un fracaso ha

conquistado un éxito. Porque si Luisa, enseñada por ella, consigue posesionarse de su papel, "Mamboretá" será el más lucido número del programa.

Sí, hará como otras veces: despertando la emulación enseñará el monólogo simultáneamente a la "Pingüina", a Rosita Muro y a Esther Laurent, aunque el físico de estas dos últimas no se presta para personificar a la infeliz "Mamboretá".

II

¡Ah, cuántas veces volviendo a su hogar, cansada, hastiada, protestando que jamás, pero jamás, aunque se lo pida el Santo Padre, volverá a hacerse cargo de la preparación de otra fiesta, la señorita Clotilde ni cena siquiera, nerviosa, excitada, enfebrecida, porque esa "Pingüina" del diablo pronuncia mal una palabra, o gesticula inarmónicamente!

—No aprenderá nunca, mamá, nunca. Y yo voy a quedar en ridículo por su causa. ¡Ay, qué niña más tonta, Dios mío! Cuando mueve los brazos,

alternadamente, según va diciendo los versos, me desespero: ¡parece un molino!

—Pues, hija, si lo hace tan mal...

—Sí, ya sé lo que va usted a decirme: lo que me dicen mis compañeras en la escuela. ¡Muy bien! ¡Muy bien! Ustedes lo encuentran todo muy sencillo... Pero, es que: ¿quién me recita el monólogo? Rosita Muro es una gringa gordota y Esther Laurent una bolita de masa y, con ese aspecto de salud, de lozanía, de bienestar, no es posible que ninguna de ellas diga con lastimoso tono:

Los miro mansamente, con estos
mis ojos pensativos de animalito triste.

Y son tan cómicos la expresión de su cara y el dejo de su voz, que la buena señora no puede reprimir una espontánea carcajada.

—Sí, mamá, harían reír como la he hecho reír yo ahora. En cambio, esa Luisa tiene una figura y un modo ideales... ¡Ay, yo me voy a enfermar si no la saco adelante!...

—¡Pobre criatura!

—Yo también la compadezco, mamá, y la quiero, ¡vaya si la quiero!, la quiero mucho, quizás más

de lo que se merece, pero es que hoy me ha sacado de quicio con su torpeza...

—Me figuro cómo la tendrás afligida a la pobre, con lo extremosa que tú eres.

—Sí, mamá, tiene razón. Tan pronto la zarandeo como la beso, porque tiene sus momentos la chica. Ayer, por ejemplo, dijo las dos primeras estrofas impecablemente, con una naturalidad encantadora. Y hoy, ¡ah!, hoy ha estado desastrosa, lo que se dice ¡desastrosa! Tanto, que le he dicho y lo cumpliré, ¡vaya si lo cumpliré! "Luisa, si mañana no hemos progresado, me convenceré y lo daremos por imposible". Viera: ¡me da una lástima! Se desprenden de sus ojos unas lágrimas grandes y luminosas como farolas, y no contesta a mis nerviosos reproches. Sí, yo bien sé que ella se empeña en complacerme, pero es una verdadera "pingüina". ¡Qué acertada estuve el día en que la bauticé así! Es exactamente un pajaroniño. Un indefenso, un tímido, un humilde pájaroniño. Me hace la misma impresión que esos perritos atorrantes que huyen al aproximarnos a ellos y que, cuando se ven acorralados, se echan ante nosotros haciéndonos mil fiestas...

III

—¡Luisa! ¡Luisa! ¡Pero, Luisa! — clama la señorita Clotilde dando terribles pataditas en el suelo, pero que repercuten en el dolorido cerebro de la niña que lleva una hora de ensayo continuo y ya no puede más.

—¡Ay, qué criatura: yo no sé cómo he de decirte las cosas para que me entiendas! ¡Así! ¡Así! ¡Oyeme bien y mira! ¡Mira! ¡Abre esos ojos tan grandes que yo no sé para qué te sirven!

Y la señorita Clotilde, el alma en los labios, recita con arte supremo el monólogo íntegro.

Los circunstantes, a pesar de que ya se lo saben de memoria, están impresionados, pero nadie, nadie como la "Pingüina" que suspira desolada porque jamás, jamás, lo sabe bien, podrá imitar, pasablemente siquiera, a la maestra. La señorita Clotilde es una artista... ¡La señorita Clotilde es un ángel!

—No, señorita, yo no podré nunca...

—¿Ves? Así, así como has hablado ahora, con

ese mismo ingenuo desconsuelo en la voz, en los ojos y en la actitud... ¡Así quiero que digas el monólogo! Vamos, empieza ya...

Y la niña, otra vez ilusionada, y mientras la maestra alentándola, mueve afirmativamente la cabeza, recita:

—"Mamboretá me llaman los chicos de Palermo"...

Terminado el ensayo, los comediantes se despiden de su directora de escena que aún tiene muchas observaciones que hacerles.

—Hasta mañana, señorita...

—Hasta mañana, chicos.

Y la "Pingüina", sonriéndole con la simpática sonrisa que marca dos leves hoyuelos en sus demacradas mejillas, murmura a su vez:

—Hasta mañana, señorita Clo...

—Hasta mañana, hijita. Y ya sabes: ¡ánimo, mucho ánimo y triunfaremos!

La maestra, se detiene un punto en la puerta de la escuela para contemplar a la chica que con inusitada premura corre desgarbadamente calle arriba, haciendo revolotear las puntas de su largo delantal blanco.

—Un verdadero pájaroniño... — se dice la señorita y sonriendo tiernamente echa a andar hacia su casa.

IV

Entre el desorden propio de estas circunstancias, la señorita Clo se multiplica para atender los mil detalles del acto teatral que se está desarrollando.

En su aula, habilitada como camarín común y depósito de cuanto va a necesitarse en escena, hay una confusión indescriptible de trastos y ropas de todas clases. Parece aquello un cambalache o prendería, para decirlo castizamente, tal es la enorme diversidad de objetos acumulados allí: sillas y mesas de varias formas y tamaños; columnas, estatuillas, una dorada consola antigua, una máquina de coser, contemporánea quizás de la consola, un banco de carpintero y, sobre éstos y otros muebles, una bandera descolorida, una red gigantesca, amén de un cúmulo de prendas y chismes característicos: ponchos y levitas; bombachos y túnicas; ajorcas y collares; martillos y azadones, en fin, mil cosas necesarias para el mayor lucimiento de la

fiesta. Las más provienen de las casas de los mismos alumnos, pues, para tal fin, la señorita Clotilde ha solicitado el concurso de todos, diciéndoles en tiempo oportuno:

—¿Quién tiene en su casa..., entiendan bien que no quiero que nadie gaste ni cinco centavos en comprar nada; quién tiene en su casa, digo, un espejo con marco dorado; un balde grande, una lámpara de pie, una?...

Y así es cómo hoy dispone de toda la utilería necesaria sin haber hecho gastos de mayor monta.

Los primeros números del programa han merecido la aprobación unánime de la numerosa concurrencia que llena la amplia sala de música en uno de cuyos extremos se ha levantado el escenario.

Ya le toca el turno a la "Pingüina" que no sabe qué hacerse con las manos, tan nerviosa está. La maestra, que no lo está menos, la viste y caracteriza prolijamente. A último momento le enreda las tenebrosas crenchas haciendo resaltar así el ceniciento óvalo del rostro. Un delantal haraposo malcubre la flacura excesiva de sus piernas quebradizas como las patitas de un pájaro.

Como ya no hay tiempo que perder, la pequeña

y la maestra suben al escenario. Desde ese instante, pisando aquellas tablas que se cimbrean bajo sus pies, Luisa siente que el valor le falta. La impresión de inseguridad que el andamiaje aquel le proporciona determina en su débil organismo un ligero y angustioso mareo que le impide entender bien las últimas preciosas recomendaciones que le hace la señorita Clo.

Cuando ésta la abandona a su suerte y el telón se descorre lentamente, cree que va a desmayarse, pero, esforzándose en dominar sus nervios, se aplica a lavar un repasador en el fuentón que tiene ante sí. Sin atreverse a levantar la cabeza, echa un rápido y sesgado vistazo a la sala rumorosa. Entonces el escenario se le antoja una balsa que navega sobre un negro mar de cabezas. Angustiada tiende el oído hacia el sitio donde supone que está oculta la señorita Clotilde y teme no oír sus indicaciones porque la sangre le golpea tan furiosamente en los oídos que la ensordece. Pero no, ¡Dios mío!, acaba de percibir este leve pero distinto susurro:

—¡Em - pie - za!

Va a adelantarse para obedecer cuando la detiene la aguda exclamación de una criatura que, en el fondo de la sala, chilla:

—Mamita, mire el fuentón de casa...

Una oleada de risas recorre las filas.

La señorita Clotilde tiembla en su escondite:

— ¿Este inopinado y tonto incidente — piensa — turbará del todo a la pequeña y novel actriz?

No. Luisa aguarda sin levantar siquiera la cabeza.

—¡Bendito sea Dios!... — se dice la señorita y luego indica en un soplo apenas: — ¡Basta, Luisa! ¡Empieza!

"La Pingüina" se adelanta; retuerce sin prisa el repasador, lo sacude, lo tiende en la cuerda que cruza el escenario. Por fin, secándose las manos en el roto delantal, viene hacia el auditorio y empieza el recitado con tan severa entonación y tan medidos ademanes que impone silencio a todos.

Conforme habla va superándose a sí misma y tiene a los oyentes suspensos de su triste drama. Los bellos versos, espiritualmente dichos, destilan en las almas la honda emoción que los inspiró y, como la figura y el modo de la recitadora sugieren cuanto va diciendo, las lágrimas brillan en mu-

chos ojos y hay mujeres y niñas que acercan el pañuelo a los labios con ese contenido gesto del verdadero sufrimiento. ¡Ah, pero el corazón más conmovido es el de la señorita Clotilde! Llora admirando a su pequeña gran actriz. Aquello es una revelación; jamás le ha oído decir así:

Mamboretá me llaman los chicos de Palermo,
soy la risa del barrio por mi rostro feucho
y este andar azorado de animalito enfermo.
Tengo apenas diez años, ¡pero... he sufrido mucho!
Los domingos temprano, cuando vuelvo de misa,
me encuentro con los chicos vendedores de diarios
y, en seguida, comienzan la jarana, la risa
y las zafadurías de los más perdularios.
"Mamboretá", me gritan y, como siempre callo,
—¿En dónde está Dios? ¿dónde? — pregúntanme y no hallo
modo de hacerles frente con palabras o gestos.
Solamente suspiro y, si es que alguno insiste,
¿Dónde está Dios? — lo miro mansamente con estos
mis ojos pensativos de animalito triste.
Para martirizarme me sacó del asilo
una viuda sin hijos, una bruja malvada,
no tuve desde entonces un solo día tranquilo.
¡Nadie pasa en el mundo vida tan arrastrada!
Trabajo todo el día desde por la mañana,
sin embargo, no falta quiénes me llaman floja,
la viuda sobre todo me trata de haragana
y, si está con la luna, ¡de cuanto se le antoja!

La señorita Clotilde grita ahora desde el lugar donde se halla oculta:

—¡Mamboretá del diablo, a ver si vienes hoy!
¡Inútil, abriboca!... ¿Oyes, Mamboretá?
Te llamo hace una hora... ¡Mamboretá!

Con un gran fastidio, le responde Luisa:

—¡Ya voy!

Y al grito nervioso de la maestra:

—¡Muévete pues, imbécil!

Contesta desesperada, angustiosamente, la chica:

—¡Ya va!... ¡Ya va!... ¡Ya va!...

Y entre lágrimas y sollozos que la ahogan, dice los versos finales:

—¡La inútil! ¡La abriboca! ¡La horrible! ¡La tolola!
¡De cariño no he oído ni una palabra sola!
Qué bien me han puesto el nombre: ¡Pobre Mamboretá!
¡Todo el mundo me grita, todos me manosean
y las mismas mujeres a veces me golpean...!
¡Ah...! ¡Cómo se conoce que no tengo mamá...!

¡Es un delirio! ¡Un delirio! Aplausos, gritos, llantos; hay quien salta sobre el tablado a besarla, a

abrazarla, a estrujarla y, cuando el telón baja, Luisa está entre los brazos de la señorita Clotilde que, en ese instante feliz, da al olvido todos los malos momentos, todas las rabietas, todas las jaquecas que la "Pingüina" le proporcionó durante el lento aprendizaje.

Poco después, Luisa, ya libre de su roto delantal, y lavada y peinada, va a retirarse.

—¿Cómo?... ¿Ya te vas?... ¿Sin ver los otros números? — extráñase la maestra.

—Sí, señorita: se me hace tarde...

—Bueno, entonces, dame un beso y toma esto para tí — y diciendo así le entrega una grande y riquísima caja de bombones.

—¡Oh, no, señorita!... — protesta la "Pingüina" deslumbrada.

—Llévala. Te la regalo porque estoy muy satisfecha de ti.

—¡Gracias! ¡Gracias! Pero, entonces, sírvase usted un bombón... — y una simpática sonrisa marca levemente dos adorables hoyuelos en la cera de su demacrada carita.

—No, quiero que la lleves así para que la vea entera tu mamá.

—Pero es que yo no tengo... no he tenido nunca mamita...

Esta frase sí que la hubieran aplaudido los auditorios más exigentes de la tierra, tan emocionante era. ¡Por boca de la inocencia hablaba el mayor de los infortunios!

—¡Infeliz criatura! — suspira la señorita Clotilde. Y son tantas, tantas las conmovidas frases, los dulces reproches, las súplicas que se agolpan en sus labios, que prefiere no expresarlas y se reduce a decir simplemente:

—"¡Pin...güi...na!..."

Está arrepentida y se acusa de haber cometido un crimen horrendo al señalar a Luisa para personificar a "Mamboretá". Por fuerza ha de haberle sido penoso aprender aquellos versos que relataban su propia desventura.

—Pero, dime, ¿con quién vives?

—Con la familia del doctor Roberts...

—¡Oh!... ¿Y te tratan bien?... ¿Son buenos contigo?

—Sí, señorita.

¡Ah, esta frase la hubieran aplaudido también los públicos más exigentes de la tierra, tanto dolor

trasunta su aparente indiferencia! Sí, esta criatura esconde su drama, la "Pingüina" es la "Mamboretá" que cantó el corazón cristiano de Carriego, pero la pobrecita no quiere apenar más a la maestra, y calla.

Solicitada por otras niñas la señorita Clotilde acude al escenario, pues ha de apuntarles la comedia que va a darse inmediatamente. Y, ya sola, recordando que es muy tarde y que en su casa la aguardan, Luisa escapa de la escuela sin esperar a que termine la fiesta, y lo que significa mucho más para ella, sin siquiera despedirse de la señorita Clo.

Corre algunas cuadras por las calles mal alumbradas y solitarias y, cuando entra en la casa de los señores Roberts, suspira aliviada.

En el patio dase de manos a boca con la hermosa e imponente señora que la increpa con rudeza:

—¡Ajá! ¡Bonitas horas de volver son éstas!... No creo que recién concluya la fiesta... Y te habrás portado ¿no?... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!... Me hace reír esa maestra... ¡Darte un papel a vos!... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!... ¡Ha de ser una tonta, como vos, la pobre!... ¿Y?... ¿Qué estás haciendo ahí plantada?... ¡Rápido!... ¿Qué no oyes, cómo llora el nene?...

Feliz de librarse de las odiosas ironías de su ama, Luisa huye hacia la alcoba, en tinieblas a esa hora, y, tanteando los muebles, llega a la cuna donde se agita lloroso el bebé que está a su cuidado. Arroja la caja de bombones, que dichosamente pasó inadvertida a los ojos de la señora, y, levantando el afligido muñeco, pasea con él en sus brazos, consolándolo como Dios le da a entender.

Este pequeño ser es su eterno tormento, su inquietud permanente, pero — ¡oh, sublime precocidad maternal! — es también el más puro y acendrado de sus amores. Es su tirano, y, sin embargo, él es el único de la familia Roberts digno de su cariño. Lo quiere con toda su alma. Se siente ligada a aquella criaturita que, apenas nació, fué depositada en sus brazos y desde entonces está bajo su amparo. Ella lo atiende noche y día. Es su preocupación hasta la hora que marcha para la escuela y en cuanto vuelve. De noche, tendida en una estera ante su cuna, duerme alerta siempre, lista para levantarse a pasearlo, si se despierta, y esto sucede a menudo.

En todo esto piensa en la soledad y en la sombra, marchando de un extremo al otro del aposento.

—Este niño, — se dice — aunque tiene padres, y padres ricos, está tan abandonado como yo. La madre, ¡bah!; la madre va en su automóvil a Palermo, al teatro, a recepciones, duerme hasta el mediodía sin acordarse para nada de su criatura...

Enternecida besa la manito de seda que juega con sus trenzas y murmura:

—¡Hijito!... ¡Vieras cómo me han aplaudido hoy en la escuela!...

Recordando su triunfo de hace una hora viene a pensar en la maestra.

—¡Oh, qué buena es la señorita Clo!...

Cuando el niño se duerme lo arropa bien en su cunita, y al pie, según acostumbra, extiende la estera en que ella descansa. Improvísase una almohada con las ropas de que se despoja para dormir, y, sin cenar, se acuesta abrazando la hermosa caja de bombones, que aun no ha abierto.

Rendida como está no tarda en dormirse y durante horas y horas sueña. Sueña que ensaya "Mamboretá", y que la señorita Clo — como a ella le encanta nombrarla — tan pronto le dirije graves reproches como la acaricia satisfecha.

Pero, he aquí que los gritos de la señora de la casa la sobresaltan y se despierta.

—¡Vamos, Luisa! ¿No oyes cómo llora esa criatura?... ¡Si ya se ahoga!...

En la obscuridad la "Pingüina" se bambolea para erguirse: tiene tanto, ¡tanto sueño!... Entredormida obedece la orden que le repiten y, segundos más tarde, se oye el roce rítmico de sus pies desnudos yendo y viniendo sobre el entarimado. Mas el llanto de la criatura no se aplaca por eso. Al contrario, cobra mayor intensidad minuto a minuto. Extrañada, pues no suele ocurrir esto, la señora se resuelve a encender la luz eléctrica y, al hacerlo, lanza un destemplado grito, pues, entonces, ve que su hijo se desgañita y rebulle en su cuna, mientras Luisa pasea en sus brazos una gran caja de bombones.

—¡Pero, Luisa!

La señora, enfurecida, salta del lecho; le arrebata la caja, le pega dos crueles bofetones, le pone el niño en los brazos y, dándole un empujón, le grita:

—¡Ahora, pasea, estúpida!

Y se vuelve a su lecho, muy agitada.

Luego, ante su esposo tan sorprendido como ella, rompe sin miramientos las suntuosas envolturas de la caja.

—Che, china, ¿quién te ha regalado esta espléndida caja?

—La...se...ño...rita... Clo... — solloza Luisa.

—Mario, servite. ¡Están riquísimos!

Y los dos señorones comen golosamente bombón tras bombón.

—¡Ha de ser otra estúpida como vos esa maestrita!... — concluye la dama, pasándose la lengua por los labios, a tiempo que apaga la luz.

Luisa sufre indeciblemente oyendo tan horrendas palabras, y pasea, pasea, pasea sintiendo que el cálido llanto borra de sus mejillas las huellas de los afrentosos bofetones que le propinó la madre de este niño que lleva en los brazos.

V

Hace algunos días que la "Pingüina" vive en casa de la señorita Clotilde, quien, para arrancarla de manos de los desconsiderados señores Roberts, ha tenido que entablarles un pleito.

Por cierto que el episodio de los bombones, hábilmente explotado por la señorita Clo, impresionó mucho a los jueces.

—Felizmente — dice la buena y anciana mamá de la maestra — aún hay justicia en la tierra.

Pero, contra lo que pudiera suponerse, Luisa Silva, María Luisa Silva, la "Pingüina", no es feliz al lado de sus protectoras. Una leve sombra resbala por su frente.

Apremiada por la señorita Clo, ha acabado por confesar la pena que la aflije.

—Mira, "Pingüina", si no me dices qué te ocurre, te entregaré al juez de menores... ¿Qué te falta en mi casa?

Luisa no puede más, abre su tierno corazoncito, y, llorando, acerca sus labios al oído de la generosa maestra para decirle muy pasito:

—Es que... me acuerdo del nene, señorita. ¡Pobrecito, me quería tanto!...

Y, al recuerdo de aquel santo cariño que nada ha podido matar, una simpática sonrisa nace y muere en los lindos hoyuelos que agracian su carita, ya un poco más llena y lozana.

EL ULTIMO CASTIGO

AL DR. DAVID PEÑA

EL ULTIMO CASTIGO

NO, señorita, no es eso tampoco. O por lo menos, no es así en mi concepto de vieja maestra y, si usted lo admite, de maestra experimentada. Lo que ocurre es que la quisquillosidad de ciertos niños llega a extremos verdaderamente desconcertantes, más desconcertantes aún, claro está, para quienes ignoran que en el alma infantil está la del adulto, embarazada como la estatua en la entraña del mármol, o como el fruto en el seno de la semilla.

De ahí que yo no me canse de sugerir a padres y maestros la obligación moral en que todos estamos de no ir más allá de lo que el mismo niño nos permita.

No es estudiándolo, ni siquiera queriéndolo mucho, como hemos de llegar a intimar con el hijo o con el discípulo, supremo ideal este, y, por lo tanto, inalcanzable siempre.

No. Para que la criatura nos franquee las puertas de su alma, para que fíe en nosotros, es necesario infundirle la seguridad absoluta, inconmovible, de que nos merece el sincero, el alto, el puro respeto que se debe a las cosas sagradas.

¿Ha observado usted, Marta, cómo al choque de idénticas sugestiones reaccionan todos diferentemente?

A veces, mientras discurro por patios y corredores, atisbo el interior de las aulas, y así es como cazo al vuelo las almas de nuestros niños. ¡Qué maravilloso espectáculo el de aquellos rostros relampagueantes de pasión o anubarrados de disgusto!

La directora hace una pausa, suspira, cierra los ojos, y poniendo una mano sobre la falda de la señorita Marta, la maestra que más estima entre todas las que forman el personal de su escuela, prosigue:

—Escúcheme usted, Marta. La confidencia que voy a hacerle quizá me desfavorezca en su concep-

to, pero yo daré por merecida mi humillación si este relato verídico en todas sus partes la ayudase a cumplir, con más devoción aún que hasta ahora, su ministerio:

Han transcurrido muchos años, diez y ocho tal vez, y desde entonces jamás he vuelto a castigar de obra a un chico. Cuando me veo en la necesidad de reprimir una insolencia o en la de estimular un espíritu flojo, modero mi discurso cuanto puedo.

El recuerdo de aquella hora terrible no se aparta de mí en esas circunstancias.

En aquel tiempo, el bello tiempo de mis veinte años, flamante normalista, fuí nombrada maestra directora de una humilde escuelita nacional que yo había de inaugurar allá en un perdido rincón de La Pampa.

Mi pobre madre, muy viejita ya, me acompañó al destierro, a "las tolderías", como decía ella sin mucha exageración.

En la estación ferroviaria, punta rieles en aquella lejana época, nos esperaba una volanta y, casi entrada la noche, después de varias horas de marcha entre el monte, un monte tupido, amenazante,

imponente, llegamos a la estancia "Los Pumas", propiedad de unos señores Abrijo, caballeros criollos, muy atentos, por cierto.

Precisamente a ellos se debía la fundación de la escuela que iba a funcionar en un edificio donado al Consejo por los señores Abrijo.

Al amanecer visitamos nuestros dominios: la chata construcción, toda de material, se componía de un gran salón, el aula, y dos habitaciones que destinamos a dormitorio y comedor. Unos viejos sauces barrían blandamente los techos con sus rizadas ramas.

Satisfechas del alojamiento que la suerte nos deparaba, dimos gracias a Dios cuando estuvimos definitivamente instaladas y se iniciaron las clases.

Los primeros dos meses carecimos de comodidades, tanto en nuestras habitaciones como en el aula, pero, gracias a la gentileza inagotable de los "patrones" — que así concluímos por llamar nosotros también a los señores Abrijo — pronto conseguimos unas y otras.

Yo vivía enteramente para mis niños, dedicándoles mis días y mis noches, enfebrecida por el entusiasmo profesional. Setenta, ochenta niños se

apeñuscaban en la "pajarera", graciosa y gráfica denominación que mi mamita dió al salón de clase.

Sí, era una pajarera llena de gritos, llantos, coros, deletreos... Afónica, ronca muchas veces, otra criatura yo misma, iba y venía entre las dos únicas filas de bancos desbordantes de criaturas, de chinitos y chinitas, enseñando un rasgo, un sonido; regañando a éste, pellizcando a aquélla... ¡Qué vida! ¡Qué vida!...

Todos aquellos diablos de tez tostada y dientes blanquísimos me han dado muchos disgustos, sí, pero también les debo muchas alegrías...

Ninguno de ellos había ido jamás a la escuela, de modo que cada uno de sus progresos era un triunfo mío, un legítimo triunfo mío.

Eran hijos de indios, de criollos, muy pocos de extranjeros; la mayoría hijos de peones de estancia, de carreros o de hachadores..., laboriosos, eso sí, pero ¡de borrachos que usted no se hace una idea! Allí no había aún agricultura. Las chacras que ahora se han formado, desalojaron toda aquella gente que se habrá ido a desmontar al Chaco. Los niños que actualmente concurren a la escuela que yo dirigí son, en su casi totalidad, hijos de gringos,

elemento muy superior al de entonces. Pero yo estaba encantada: pensaba que hacía patria enseñando a aquellos chicos que al venir a la escuela se olvidaban del lápiz, pero no del cuchillo. No, no se escandalice usted, porque no exagero; aquellos niños traían cuchillo, y estoy por decir que lo manejaban infinitamente mejor que el lápiz.

Alguno hubo que delante de mí se jactó de ser hijo de un gaucho alzado que contaba dos o tres muertes en su haber. Y, aunque nadie nos molestó nunca en lo más mínimo, mi mamita y yo velamos muchas noches porque la noticia de recientes asesinatos perpetrados en el monte, algunas veces por padres o hermanos de alumnos míos, no nos dejaba conciliar el sueño. ¡Cómo se reía el señor Abrijo de nuestros temores!...

En fin, así transcurrieron los primeros meses del año escolar y, allá por agosto, cuando el frío era más intenso, tuve que suspender las clases. Un agudo resfrío me obligó a guardar cama varios dias.

Cuando, no bien repuesta, reanudé mis tareas profesionales, la asistencia decayó mucho.

Lo cierto es que, en una de esas primeras y gratas mañanas primaverales, estaba yo trabajando en

clase, más alegre que un pájaro, cuando un chico Fierro, Facundo Fierro, un muchacho humilde, como suelen serlo todos los huérfanos, y éste lo era por completo; ya digo, un chico de esos que pasan inadvertidos en la escuela porque son perfectamente mediocres, cometió la torpeza de volcarme el tintero en la falda.

Me dió tal impaciencia ver así estropeado mi vestido, que, poniéndome en pie airadamente, clavé las uñas — ¡Oh, Dios mío! — en la oreja izquierda del reo, que no acertaba a disculparse. Me parece ver aún la roja gota de sangre que brotó al punto allí, como la grasa por el roto repulgo de una morena empanada.

Envalentonándome por su silencio, por su azoramiento y por su desconsuelo, pues brillantes y redondas lágrimas se desprendían de sus pestañas, lo zarandeé brutalmente, chillándole cuanto improperio se me vino a la boca.

Los niños guardaban silencio; nadie se atrevía a moverse.

Por último:

—¡Párese en el fondo de la clase! Y ustedes: ¡Posición!

A esta orden, todas las manos cayeron blandamente sobre los pupitres.

Miré una vez más al culpable y estallé:

—¡No quiero verle la cara! ¡Mire a la pared!

Volvióme el niño la espalda sumisamente y yo me dirigí a nuestras habitaciones para desembarazarme del vestido manchado. Cuando volví a clase, ya más calmada, Fierro permanecía de pie, baja la cabeza, los hombros caídos. Las ropas demasiado holgadas que llevaba acentuaban el supremo abandono de su actitud: ¿cansancio? ¿tristeza? ¿aburrimiento? No lo sé. Creo que pensé perdonarlo; pero, solicitada por mi trabajo, abrumador como le he dicho, olvidé al niño castigado, y así pasó tres horas de plantón, yo supuse que indiferente a la bulla circundante.

A las doce del día, el "monitor", el niño encargado periódicamente de esa tarea, entregó a sus respectivos dueños los sombreros y, sin consultarme, dejó el de Fierro en la percha.

Despedí a los demás niños en el patio y, cuando volví al aula, no lo despedí también a Fierro, porque al oír mis pasos no volvió la cabeza siquiera.

—Por lo menos — pensé, — debía mirarme y, al solo ruego de sus ojos, olvidaré todo.

Viéndolo quieto allí, dónde y cómo yo le ordenara tres horas antes, se me antojó que aquella obediencia era solamente el disfraz de la soberbia, y que aquel niño no tenía aún suficiente castigo.

Siempre en silencio, me retiré en busca de mi madre, que, como todos los días a aquella hora, disponía la mesa.

Minutos después, felices como siempre, almorzábamos juntas y, recién entonces, referí a mi viejita los acontecimientos de la mañana.

—¡Pobrecito!... ¿Y lo tienes en penitencia todavía?

—Ya le digo, mamá; después de almorzar lo despacharé...

—Pero... ¿no ha sido bueno todo el año? ¿O te ha dado ya otros disgustos?

—No. Nunca. Si es un buen chico...

—Pues yo te ruego, hija mía, que lo disculpes.

Así habló mi madre, porque no ha habido mujer más buena en el mundo.

—Sí, mamá, sí. Ahora iremos las dos juntas a sol-

tar a ese pájaro... si es que él mismo no ha huído ya por la ventana...

—Mira: ¿qué te parece si pongo otro cubierto para él? Tendrá hambre a esta hora...

—¡Mamá! — grité, y, ¿no hubiera hecho usted lo mismo?, la abracé y abrazada la llevé hasta la puerta del aula.

Al abrirla... ¡Oh, Dios mío! ¿por qué fuíste tan cruel conmigo? ¿Por qué no alumbraste aquel pobre corazoncito?

La directora no puede continuar su relato; hondos sollozos la conmueven.

Dominando su ánimo, agrega después:

—El niño se había ahorcado... se había ahorcado en el aula... De su propia faja se había servido para colgarse de un tirante del techo...

Y mi mamita, mi pobre y vieja mamita, que le había preparado tardíamente un cubierto en nuestra mesa, le hizo una mortaja muy blanca para que Dios perdonase a su hija...

I N D I C E

INDICE

ESTE LIBRO SE ACABO DE
IMPRIMIR EN EL ATELIER DE
ARTES GRAFICAS "FUTURA",
AVDA. DE MAYO 560, EL DIA
28 DE SEPTIEMBRE DE 1929.

ILUSTRO LA CARATULA
OSCAR SOLDATI